

La Semana Ilustrada

Año I.

Redacción: Marqués de la Ensenada, 8.
Administración: Mesonero Romanos, 31.

Madrid 4 de Mayo de 1907

Número suelto: 10 céntimos.

Núm. I.

HORRORES DE LA EMIGRACIÓN



LA HORA DEL RANCHO

Ayuntamiento de Madrid

No queremos incurrir en la vulgaridad de presentarnos exponiendo uno de esos maravillosos programas que rara vez se cumplen. Este número indica lo que ha de ser nuestra revista. Una larga crónica de la actualidad, que nos esforzaremos en hacer amena; una crónica que dedicamos a todos, al pueblo especialmente.

Saludamos al público nuestro señor y a la prensa. Las revistas semejantes a LA SEMANA ILUSTRADA, encontrarán en nosotros el afecto que engendra un leal compañerismo.

NUESTRAS PLANAS EN COLOR

Horrores de la emigración.

Las últimas noticias publicadas por los periódicos son verdaderamente espantosas. De seguro recordarán los lectores lo ocurrido hace poco en Málaga, horas antes de zarpar el trasatlántico *Heliópolis*. Los Estados Unidos, con objeto de sustituir en las islas Hawai a los trabajadores japoneses, contrataron en Andalucía a 850 familias, componiendo un total de 3.823 personas.

Apenas había terminado el embarque comenzaron muchos emigrantes a volver a tierra, indignados por la horrible alimentación que se les daba y por las pésimas condiciones higiénicas de la bodega, donde les habían instalado. Intervino el gobernador, hizo una investigación minuciosa, declararon las autoridades que al buque, dotado de literas hasta para los niños, provisto de buenas y abundantes vituallas y con panaderos y cocineros españoles, le faltaba poco para ser un paraíso, y el *Heliópolis* zarpó con los infelices que se desterraban voluntariamente.

La semana anterior recibieron noticias de los expedicionarios, y, admírense los hombres sencillos que confían en investigaciones y dictámenes, todas las buenas condiciones del paraíso flotante desaparecieron en cuanto se alejó de las costas españolas, y por lo visto, el aire del mar destruyó las literas, y descompuso el agua de los depósitos, y pudrió los víveres, y entonteció a los cocineros encargados de aderezarlos... Ello fué, que al segundo día de navegación los emigrantes se asfixiaban en las bodegas, y tenían que beber agua corrompida y comer repugnantes bódrios para no morir de hambre o de sed.

Muchos, hasta que la debilidad no les rendía, rechazaban en silencio la abominable alimentación de a bordo—y una de estas escenas es la que reproduce nuestro grabado—, y otros, los más, protestaban airadamente.

A Punta de Arenas han llegado, después de diez días de martirio, trasplidos, rendidos, tan lácios de cuerpo y tan desmayados de ánimo, que, si continúan así hasta que termine el viaje, en vez de lanzarse animosamente al trabajo serán conducidos por caridad a los hospitales.

Esta información se completa con la últimamente recibida de Béjar. Los comisionados que fueron al Paraguay para gestionar que a los emigrantes bejaranos se les pagara el pasaje y se

les dieran útiles de labranza, semillas, dinero—que habían luego de restituir—para comenzar, con algunas esperanzas de éxito, la lucha por la vida, escriben desesperados: «El gobierno del Paraguay no cumple las promesas que hizo en un momento de inverosímil irreflexión. El país no tiene indus-

representa la de dos casas de cinco pisos, una encima de otra.

En el Hipódromo de Londres, donde actúa por un respetable puñado de libras esterlinas, M. Kearney hubo que vencer no pocas dificultades para que le admirasen los aficionados a las emociones fuertes. La principal fué la que ofrecía el techo del vasto edificio, que sólo tenía 35 metros de altura, y mister Speedy, para viajar por los aires, exige los 45 justos.

Hubo que abrir un agujero en la cúpula del circo para satisfacer a Kearney. En el momento del ejercicio, una escalera de diez metros de altura, dominada por una pequeña plataforma, colócase junto al agujero; unos alambres aceros la mantienen inmóvil, y evitan que un ligero balanceo, desviando el cuerpo del saltador, le estrellara contra los bordes del boquete. Y estos son todos los preparativos. Terminados, el intrépido gimnasta no tiene más que dejarse caer con la mayor serenidad posibles. Un segundo de azoramiento, de vacilación, de temor, y el hombre, perdida la seguridad, se precipita como un albañil a quien se le ha roto el andamio y se destroza la cabeza.

Sube Speedy, llama un timbre, y los espectadores, sobrecogidos, le contemplan alumbrado por un potente foco eléctrico, destacándose como una estatua de bronce bajo el cielo, encogido en la estrecha plataforma, con la testa inclinada y los músculos contraídos... Un leve movimiento, y cae; y se le pierde de vista durante una fracción de segundo, y de pronto aparece en el agujero como una flecha de carne, y, tendido en posición horizontal, se precipita, y cuando todos creen que va a destrozarse, hace una pirueta habilísima y se sumerge graciosamente en el agua de una cuba colocada en la pista, saludado por el estallido alegre de los aplausos.

Modes tamente, M. Speedy afirma que no corre el menor riesgo, y declara que la caída no le produce ninguna sensación desagradable. Asegura que mientras está en el aire—la terrible voltereta dura segundo y medio—

podría hablar, silbar ó cantar, como si estuviera sentado tranquilamente en una butaca.

Lo único que le preocupa es que sus aparatos, tanto la cuba donde ha de caer, como la escalera superior, estén perfectamente cuidados. El mismo, considerando que un leve descuido de sus auxiliares podría costarle la piel, inspecciona detenidamente la escalera y la cuba y adopta las más minuciosas precauciones para que con el agua no se mezcle ningún cuerpo extraño.

Dice que una brizna de paja que flotara en la superficie podría herirle dolorosamente.

Cosas de "Toribio,"

A "Toribio" le ofrecen un buen destino en Barcelona, pero se niega a aceptarlo.

—¿Por qué no lo aceptas?—le pregunta un amigo.

—Porque allí, querido amigo, la vida es muy cara, pero muy cara; no gana uno para sustos.

Dos noticias:

Por las calles de Madrid anda una loca recogiendo todos los niños que encuentra al paso, porque cree que son hijos suyos.

—En la Plaza Mayor una madre denunció a su hijo a la policía como desertor del ejército.

"Toribio" filósofo: ¡Contrastes de la vida!

—Tú sabes—le preguntan a "Toribio"—cuáles son las víctimas del *Dos de Mayo*?

—Ya lo creí—contesta—. Los soldados; que tienen que estar a pie firme desde las nueve de la mañana hasta las dos de la tarde.

A "Toribio" no le parece bien que se llame *Exposición* la de los automóviles.

—¿Qué nombre—dice—se va a dejar para el peligro de los que vamos a pie?

Tampoco está muy conforme con que se llame *Fiesta del Trabajo* la del 1.º de Mayo.

Mas bien—afirma—debía llamarse *El trabajo de la fiesta*, con cuyo nombre se determinaría mejor los apuros que pasan los obreros para procurarse un poco de regocijo.

"Toribio" ha oído que van a debalear ocho osos blancos en la Zarzuela, y, aficionado a los cálculos, ya está sacando la cuenta de los kilos de carne que le corresponderían a cada uno en caso probable de que optasen por engullirse al domador.

Resulta tan exigua dicha cantidad, que no merece la pena de hacer el oso.

La Conferencia de La Haya tiene muy intrigado al pobre "Toribio".

El día que no haya soldados, ¿con qué se va a cubrir la carrera cuando vengan los principes extranjeros?

—¿Qué van a hacer nuestras domésticas con las soldadas, que se llaman así por que son para los soldados? Y sobre todo, y esto es lo que más le preocupa, ¿qué va ser del clero castrense?

El Sastre del Campillo.



M. Kearney en disposición de saltar.

tría lanera—y de ella viven los bejaranos—ni medios de crearlas...

Los delegados, que no llevaban más fondos que los que se recaudaron entre los pobres resueltos a emigrar, se encuentran en tierra extraña, en la más absoluta miseria y sin recursos para emprender el viaje de retorno.

Es decir, que no es precisamente en el viaje donde más sufren los desdichados que emigran.

La jura de la bandera.

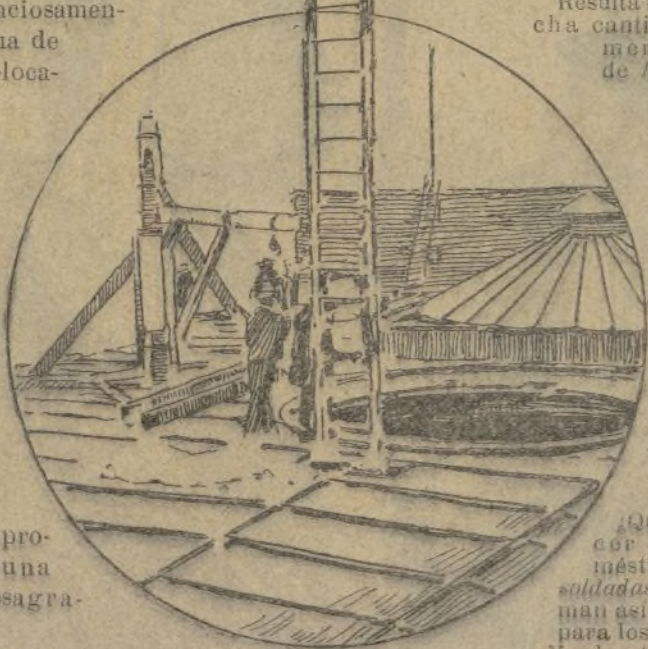
(El texto en la octava plana.)

A TRAVÉS DEL ESPACIO

UN SALTO DE 45 METROS

La competencia es cada día más desesperada entre los especialistas de la pista. Las viejas heroicidades de circo, las danzas en las maromas aéreas, los saltos en las barras fijas, los vuelos en los trapecios móviles, ya á nadie interesan. Sin duda porque en el fondo de nuestros corazones duerme el instinto salvaje y cruel del hombre primitivo, sólo estimamos lo peligroso, lo que sacude nuestros nervios con el espasmo de la tragedia. El artista que se juegue la vida con más elegancia, más impavidez ó más brutalidad, será nuestro favorito. Por eso el predilecto de los ingleses es ahora M. Kearney P. Speedy.

Después de las atrocidades suicidas del «Círculo de la muerte» y del «Looping the loop», podía creerse que la imaginación de los inventores de estas lúgubres habilidades se había agotado. No es así, y Kearney lo demuestra prácticamente en la actualidad. Para habituarse a ejecutar su prodigioso salto ha necesitado ensayar muchos años, y por elevaciones sucesivas y continuas ha llegado a arrojar desde esa bárbara altura de 45 metros, altura que



En el aire.

Sobre el techo del Hipódromo se ve el agujero por donde ha de pasar el saltador.

UNA GUERRA PRÓXIMA

AMERICANOS Y JAPONESES

Las causas del conflicto.—Soldados y escuadras.—Un plazo.—El canal de Panamá.

TRES meses hace que los diarios europeos publicaron, sin darle importancia, sin comentarlo siquiera, el siguiente despacho del Japón:

«Las escuadras japonesas que debían visitar los puertos americanos, han suspendido su visita.»

La noticia pasó inadvertida. Sin embargo, indicaba que en el mundo había ocurrido un gran cambio; que la amistad que unía a dos grandes naciones estaba a punto de extinguirse. Después, ya la prensa dió importancia a los despachos de Washington y Tokio; surgió el incidente de las escuelas en California, y supimos que al *boycottage* de los americanos respondían los nipones resistiéndose en el mismo territorio de la Unión a invadir astutamente sus colonias.

Así, en Hawai, 7.000 japoneses, agrupados en sociedades de tiro, sometidos a una rigida disciplina, se instruyen militarmente; y en Filipinas, unos diablitos amarillos, disfrazados de vendedores, dibujan mapas y recorren incansables el país, tal vez para servir de guía más adelante a sus hermanos.

Las causas del odio que hostiga al Japón contra los Estados Unidos, y a los Estados Unidos contra el Japón, son numerosísimas. Además de las de orden político y económico, hay una sentimental. Cuando estalló la guerra con Rusia, los correspondientes de los diarios yankees, rusófilos terribles, creyeron que los nipones les recibirían con los brazos abiertos. Pero su decepción fue enorme, pues mientras los correspondientes ingleses circulaban libremente y se enteraban de todo y todo lo telegrafaban, ellos fueron considerados no ya como amigos, ó, por lo menos, como indiferentes, sino como espías. Disgustados, repasaron el Pacífico mucho antes de la toma de Port-Arthur, y en seguida observó Europa que al gran entusiasmo de la prensa americana sucedía una gran frialdad.

Desde entonces ambos pueblos han luchado con ferocidad, si no en los campos de batalla, en el terreno mercantil. Apenas terminó la campaña de la Manchuria, los chinos, instigados por los japoneses, declararon el *boycottage* a las mer-

cancías yankees, y el comercio de la Unión perdió 500 millones próximamente en un año. Los americanos vengáronse expulsando de las escuelas de San Francisco a los pequeños nipones y

son admirables, se comprenderá que la ventaja no favorece a los Estados Unidos. En caso de apuro, el Mikado puede lanzar sobre sus enemigos 1.500.000 combatientes. En lo concerniente a las fuer-

zas podían los japoneses haber invadido la California, después de apoderarse de las Filipinas, y la escuadra de socorro, sin puntos de refugio, sin carbón, sería vencida infaliblemente.

Dentro de tres años no ocurrirá esto. Dentro de tres años el canal de Panamá estará concluido, y las escuadras americanas caerán rápidamente sobre las japonesas. Dejarán los nipones transcurrir pacíficamente esos tres años que podrían labrar su ruina?

COPLAS DE LA SEMANA

por UN REPÓRTER

ANTICIPÁNDOSE a Mayo, el mes de Abril lanzó un rayo, y tras del rayo un cascote, encima de un zapatero. El industrial pegó un bote. Y, en fin de cuentas, cerote. (Aumentativo de cero.)

«Dice mi musa *quast-ra* que es la Fiesta del Trabajo una tostada «agresiva», en que la media de abajo amenaza a la de arriba.

«Contra su mujer dispara un criminal su pistola; y, al verse ante el juez, declara que se ha disparado... sola.

«En la Capilla Real nos hacen un cardenal, y en la de Ciencias Morales (Academia) a un inmortal, cuando entra, le dicen: Sales.

«A su señor arrebaña cierta sirvienta gaudina, dándose tan buena maña, que no hay ejemplo en España de mujer tan larga de uña. Y en posesión ya la niña—que a él se le antojó tan ñoña—del fruto de su rapina, va a gastárselo en Santoña, donde *pa mí*, que la *dina*.

«Tres fábricas de curtidos, destruidas por un incendio, dejaron sin ropa a muchos que trabajaban en cueros...

«Junto a Messina, un volcán quemó el viñedo vecino. Y es lo que allí se dirán: Si no hay agua, sube el pan; y, si hay fuego, sube el vino.

«Baja el trigo en el mercado. Pero con esto no digo que baje Felipe Trigo, cada vez más elevado.

«Ha sido una semana de crímenes y sucesos, y accidentes y desgracias, y daños y asolamientos...

«Y aquí terminan mis Coplas. ¡Perdonad sus muchos verros!



LOS ADVERSARIOS FRENTE A FRENTE

restringiendo la emigración, y ahora los dos pueblos rivales se preparan en silencio para la guerra.

En la actualidad los Estados Unidos cuentan con el siguiente ejército:

Los Cuerpos de voluntarios, que reúnen un total de 1.190 oficiales y 35.000 hombres; la Milicia nacional, organizada, con 8.000 oficiales y 110.000 hombres, y la Milicia nacional, no organizada, con 8.000 hombres. En total, y no mencionando estas últimas fuerzas, que son muy débiles consideradas desde el punto de vista militar, reúnen los yanquis:

17.444 OFICIALES.
222.000 HOMBRES.

El fusil adoptado para la infantería es el Springfield. La artillería está provista de piezas de 75 milímetros.

La marina se compone de 27 acorazados de línea, de 6.000 a 13.000 toneladas; 10 guardacostas acorazados; 15 cruceros acorazados; 17 grandes cruceros; 39 pequeños; 26 cañoneros; 31 torpederos, y nueve submarinos.

Esta escuadra carece de la cualidad más estimada hoy: la homogeneidad. La mayor parte de las unidades que la componen son antiguas, y algunos barcos, como los construidos en 1885, serían más perjudiciales que útiles para combatir, por la debilidad de sus corazas y la inferioridad de sus armamentos y por su poca velocidad, que paralizaría a los buques de construcción reciente, únicos capaces de sostener la lucha.

El ejército del Japón se compone de 19 divisiones, cada una de las cuales tiene, con los efectivos de guerra, 14.000 combatientes. Sus oficiales son 8.116, repartidos de la siguiente manera: 105 generales; 795 oficiales superiores; 1.397 capitanes, y 2.800 tenientes.

Todas sus fuerzas son: 220.000 hombres del ejército activo. 34.000 de la reserva. 125.000 del ejército territorial.

No hay una gran diferencia entre este número y el de los americanos. Pero si se tiene en cuenta que las tropas del Japón, acostumbradas a pelear y a vencer,

zas navales, la diferencia es aún mayor.

Cuentan los japoneses con 8 acorazados de línea, de 7.330 a 15.000 toneladas; 29 guardacostas acorazados; 6 cruceros acorazados; 16 cruceros protegidos; 17 cruceros protegidos—viejos ya—; 14 cañoneros; 14 contratorpederos; 13 torpederos de primera clase; 33 de segunda, y 27 de tercera.

Todos estos buques, exceptuando los diez y siete cruceros protegidos, son nuevos, admirablemente contruidos y armados y de gran velocidad. Y a estas cifras, que son las conocidas, es decir, las que el Japón ha querido dar, hay que añadir los buques que actualmente se construyen en Inglaterra para el Mikado; los que en 1908 salgan de los astilleros japoneses, donde se trabaja con una actividad febril; los capturados a la escuadra rusa en Tsoushima—los mejores, como el *Orel*—, y los cinco acorazados, los dos cruceros protegidos, el crucero acorazado y los dos *destroyers* cogidos en Port-Arthur y Chemulpo.

Además, en los astilleros ingleses se trabaja por cuenta del Japón en dos enormes acorazados, tipo *Dreadnought*, y en los japoneses se construyen cuatro enormes acorazados de 19.000 toneladas, cuatro cruceros acorazados de 14.000 y 27 *destroyers* de gran tamaño y extraordinaria velocidad.

Respondiendo a este temible acrecentamiento de fuerzas navales, los americanos construyen 23 acorazados, que representan un conjunto de 320.000 toneladas, y 12 cruceros acorazados. Convidados de que la guerra ha de ser ofensiva, y no defensiva, han renunciado definitivamente a construir *destroyers* y torpederos.

Si este plan se realiza, la superioridad numérica de los yanquis será indiscutible. Pero como tienen estacionadas en el Atlántico la mayor parte de sus fuerzas y aún no se ha terminado el canal de Panamá, para socorrer, en caso de conflicto, a la pobre escuadra del Pacífico, tendrían que realizar tan enorme viaje, que antes de que llegaran los re-



EL GENERAL GRANT, GEN. EN JEFE DEL EJÉRCITO AMERICANO



EL MARISCAL OYAMA, GENERAL EN JEFE DEL EJÉRCITO JAPONÉS



El monopolio de los carruajes de plaza.—Cuántos hay en Madrid.—La hora y los cuartos...—Aviso útil a los viajeros.—Las «paradas».—Lo que pagan al Ayuntamiento los alquiladores.—La inspección municipal.—Obreros y patronos.—«Mot de la fin.»

La proyectada creación de un nuevo monopolio a favor de los alquiladores de carruajes de plaza, mediante contrato con el Ayuntamiento de Madrid, hecho del que se ha ocupado la Prensa, que dió origen á la obligada información pública en la Casa de la Villa y que está próximo á ser resuelto, quizá con lesión y perjuicio para los intereses del vecindario, presta carácter de actualidad á los llamados *coches de punto*.

Nuestra labor en esta cuestión palpitante es puramente informativa, y á la elocuencia de los números, así como á la visualidad de la parte gráfica, cedemos el espacio y lugar que otros periódicos dedican á la tarea del comentario y de la crítica.

He aquí algunos datos y pormenores respecto al servicio público de que hablamos.

Hay en Madrid (aparte de los carruajes á la calesera, que se consagran exclusivamente á las estaciones ferroviarias) 650 coches de plaza, abiertos y cerrados, á los que el pueblo bautizó, respectivamente, con los nombres de *manuelas* y de *simones*.

Algo hemos progresado recientemente en este servicio de locomoción; mas no estamos á la altura, ni mucho menos, de las grandes urbes del extranjero. Al lado de vehículos decorosos y hasta elegantes, corren por esas calles gran número de coches de alquiler verdaderamente desvencijados y astrosos, arrastrados por jamelgos de mala muerte y de peor vida.

La cuestión batallona de uniformar á los conductores de los carruajes de plaza no se ha resuelto más que á medias, no obstante las reiteradas órdenes de las autoridades municipales.

Una de las reformas que debiera introducirse en los coches de punto, es la de obligar á sus propietarios á colocar en ellos cronómetros, regulados con el meridiano de Madrid, con lo cual se evitarían una porción de discusiones entre los hijos de vecino que no pueden permitir-

se el modesto lujo de tener un reloj para su uso particular, y los cocheros que llevan el suyo como Dios quiere...

En cuanto á los viajeros, nos permitimos recomendarles que tomen nota ó se fijen bien en el número del carruaje de que se sirvan, á fin de saber inmediatamente el punto de parada, la cochera á que pertenece, para los casos, tan frecuentes y repetidos, de pérdida de objetos, abusos de los aurigas, etc.

Estas noticias pueden facilitarlas, no solamente los inspectores subalternos nombrados por el Ayuntamiento para el servicio de carruajes públicos, sino cualquier guardia municipal, pues todos ellos van provistos de una pequeña guía, en la cual constan el punto de parada del coche, el nombre y apellidos del propietario y el sitio donde «encierra» el automedonte. Esos libritos puede adquirirlos también el curioso lector por la modesta cantidad de tres perras chicas.

Con auxilio de esa sencilla información de ciencia propia ó de ciencia ajena, se puede proceder en cualquier momento á la *búsqueda y captura* de un vehículo ó de un cochero.

Las cuotas que cada carruaje abona al Erario municipal por derechos de situado en la vía pública, son de 9,50, 17,

24,50 y 32 pesetas al mes, según los puntos de parada.

Los 40 carruajes de alquiler que existen en la Puerta del Sol, proporcionan al Ayuntamiento un ingreso mensual de 1.280 pesetas, ó sea una cantidad de 15.360 pesetas al año.

Los 650 coches de plaza satisfacen 12.484,50 pesetas mensuales, y 149.814 anuales.

Como concejal delegado del alcalde para la inspección general de carruajes y de tranvías, figura actualmente D. Antonio González Palencia, y á sus órdenes inmediatas el inspector de policía urbana D. José Díaz Plaza.

D. Joaquín Rodríguez, dueño de los mejores coches de plaza, entre los cuales goza fama de ir en primer lugar el señalado con el número 9, es el presidente actual del gremio de alquiladores.

Pascual Pastor preside, á su vez, la Junta directiva de la sociedad «La Unión de cocheros de Madrid».

Entre patronos y obreros ha habido frecuentes disensiones, por lo que se refiere á los salarios, horas de trabajo, pago del uniforme reglamentario y otras cuestiones relacionadas con la vida de los cocheros, que si—como dice el tan conocido chiste—son los que toman mejor café en Madrid, porque lo toman en su punto, su existencia no tiene nada de envidiable seguramente, puesto que ejercen su ajetreado oficio expuestos á las inclemencias del tiempo, tan extremadas en este sabroso clima de la capital de España.

En las ilustraciones del texto verán nuestros lectores algunas escenas de la vida íntima de los cocheros de plaza, cuyo hogar es el carruaje y cuya mesa de lectura y de comedor es el incómodo pescante.

Los aurigas son hombres públicos y no puede negarse que ocupan puestos más elevados que la mayoría de sus clientes.

Carlos MIRANDA.

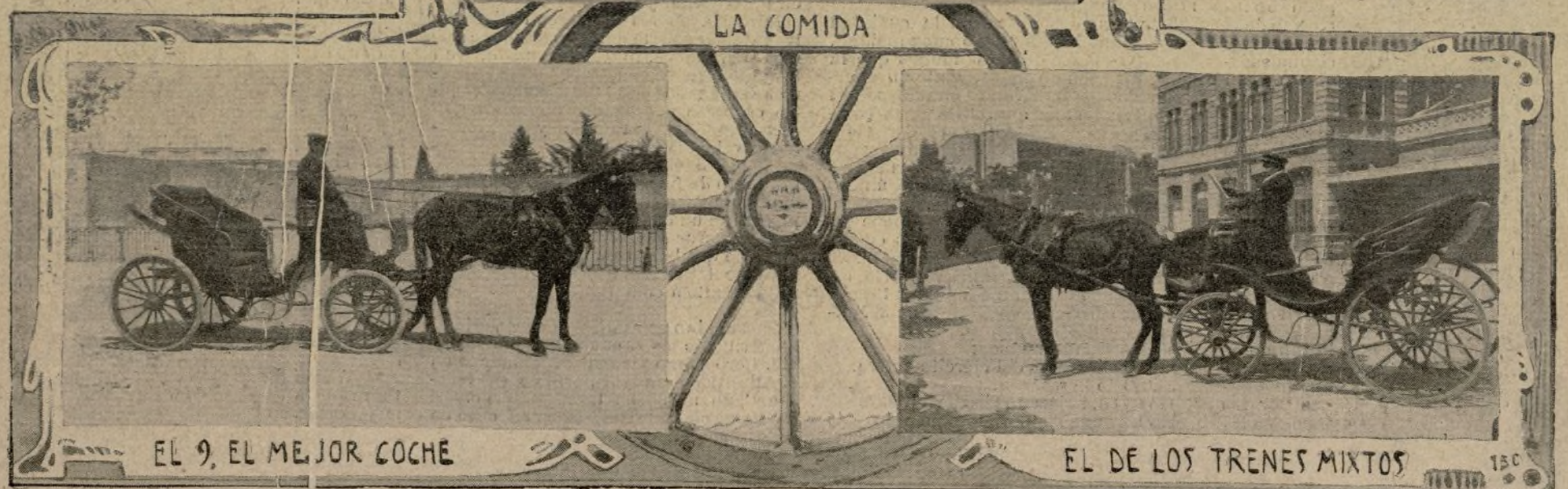
SALES Y FERRÉ

CUANDO hace unos quince años la Sociología era aún desconocida en España, D. Manuel Sales y Ferré, el nuevo académico de Ciencias Morales y Políticas, fué el primero que comenzó á cultivarla y difundirla. Para él fué justísimamente creada la cátedra de Sociología de la Central, única existente en las Universidades de España.

Metido de lleno en el campo vastísimo de la nueva ciencia, Sales coronó con los cuatro tomos de su *Tratado de Sociología* su obra fundamental, la labor de historia y de prehistoria realizada durante el largo período de su profesorado en la Universidad de Sevilla. Su discurso de ingreso en la Academia sobre los «Fundamentos de la Moral», es una de las páginas más bellas y nuevas de las investigaciones sociológicas de Sales.

Y este sabio que sorprendió recientemente á la mentalidad madrileña con su curso de Sociología en el Ateneo, tiene el mérito, rarísimo entre nosotros, de saber enseñar y dejar discípulos. Un fecundo plantel dejó en Sevilla, que exploró toda la provincia é hizo la prehistoria de toda aquella región, única de España estudiada en la vida de sus razas primitivas. Y aquí siembra y cultiva otro vivero de hombres de estudio.

El gabinete de trabajo de Sales y Ferré, en su casa de la calle de Carranza, es un recinto inaccesible á todas horas, porque día y noche en él labora sin interrupción el sabio, apartado absolutamente del mundo y de la sociedad, cuya evolución y cuyas leyes investiga, fundamenta y descubre, con un método severísimo y una lógica irrefragables.





COGIDA DEL «ALGABEÑO»



COGIDA DEL «GORDO»

Los toreros heridos.

Los «elefantes» de Tetuán.—Quién es Vázquez.—La corrida.

CONVIENEN todos cuantos estuvieron el domingo en la plaza de Tetuán, donde fué herido gravemente el *Gordo*, en que la corrida constituyó un espectáculo imponente, en el cual comenzó a sentirse el terror y el espanto de la tragedia apenas asomó por las puertas del chiquero la primera bestia destinada a la lidia. Y así son las corridas que de vez en cuando se celebran en los circos de las afueras de la corte.

No se sabe de dónde, uno de acá y de allá otro, los tratantes de ganado cogen y reúnen seis u ocho toros enormes, feroces, que pesan cada uno, como pesaron los del domingo, de veinte y ocho a treinta arrobas. Por rendir, luchando a brazo partido, la furia de toda esta pesadumbre, cobra el matador hasta unos veinte duros.

Descartando por insuficiente el arte, bien escaso por otro lado en la modesta torería que lidia en esas plazas, se necesita para alternar en ellas, además de una valentía temeraria, una fortaleza física tan poderosa como la del *Gordo*. Este torero madrileño, del barrio de San Lorenzo, no es precisamente, como indica su mote, un hombre gordo, sino más bien un hombre corpulento, del tamaño de un romano de museo de arquitectura.

Su organización, á los veinte y cuatro años, está forjada como el acero. Por sostener, ganándola, una apuesta, cruzada entre varios amigos reunidos en una taberna, se ha comido este hombre, frita y cortada en pedazos, el ala de un sombrero de fieltro. El muslo derecho, donde sufre ahora la herida, tenía ya cinco cornadas, y otras seis más tiene repartidas entre el muslo opuesto, el vientre y la barbilla.

Ni cuando le clavó el cuerno el toro el domingo, ni cuando lo zarandeó horriblemente en el aire, ni después cuando le hicieron la cura, se turbó ni dolió el *Gordo*. Gravemente herido no tuvo fiebre ni perdió su color saludable y encendido. Dentro de poco va, pues, á completar la docena de cornadas tan recias.

Pero la del domingo ha sido realmente producto de una atrocidad sin conciencia. Así lo decían el lunes las muje-

res de Tetuán que comentaban el suceso ante la taberna del padrino del *Gordo*, donde el herido estuvo hasta que se le trasladó al hospital, y así, muy indignadas, se lo soltaban á la madrileña de

recha y le arrojó á alguna distancia, infiriéndole una cornada extensa, pero de escasa profundidad por fortuna.

El momento de la cogida fué emocionante. El de la Algaba, que en el primer



EL «GORDO» AL SER CONDUCTO AL HOSPITAL

buenos ojos que con el torero casó hace cinco meses.

—Aquello—repetían—no eran toros. De ocho caballos que había en las cuerdas, el primero mató tres y el segundo los cinco restantes, de cinco acometidas. ¡Qué estrépito cuando se arrojaban sobre un caballo! Y después ya no había picadores, y los toros llegaban á la muerte tan enteros como salieron de la dehesa. ¡Y qué cornamentas, Virgen de las Victorias!

—La del toro cuarto era tan grande—nos decía el *Gordo*—que al torearlo de capa se me enredaba en las piernas. Y así, de pronto, me las cogió y me tiró por el aire. Pero si la tiene más corta, me recoge cuando me lanzó el segundo derrote, ya en el suelo. Porque los cuernos grandes—la verdad—lo mismo estorban al toro que al torero.

Percance de José García.

El simpático matador de toros José García el *Algabeño* sufrió una grave cogida al tirarse á matar, con grandes arrestos, al cuarto de los Aleas lidiados el domingo último.

El toro le suspendió por la axila de-

toro había hecho una faena de muleta sosa y había dejado el estoque un poco bajo, quiso volver por su honrilla torera.

Comenzó á torear en los medios, confiado y tranquilo, y ejecutó muy bien algunos pases, sobre todo uno cambiado por lo bajo. Muy en corto, entró á matar pinchando en lo duro, y tan sereno como al empezar la faena siguió toreando. La

segunda vez se perfirió más cerca todavía, y teniendo el toro la cabeza algo baja, entró al volapié muy despacio, y en el centro de la suerte fué prendido por la parte interna del brazo derecho.

Hubo un momento de grandísima emoción. El espada, zarandeado terriblemente, cayó al suelo, frente al hocico de la res, que intentó «meterle la cabeza»; mas por fortuna varios capotes lo impidieron, llevándose al toro que, herido por una gran estocada, rodó á los pocos pasos del lugar de la cogida. El matador retiróse á la enfermería en medio de una grandísima ovación.

Todo hace suponer que, salvo complicaciones poco probables, José García estará pronto en condiciones de reanudar sus tareas.



Fray Gregorio de Aguirre, arzobispo de Burgos, nuevo cardenal

El cardenal Aguirre.

CON las solemnidades de costumbre la ha sido impuesta la birreta cardenalicia al arzobispo de Burgos. Después de la ceremonia religiosa, el aplegado pontificio entregó al rey el Breve en que se eleva á la dignidad cardenalicia al arzobispo; el monarca lo entregó á su vez al procapellán mayor, obispo de Sión, y de manos de éste pasó á las del notario eclesiástico, que lo leyó en voz alta.

El rey impuso el capelo al nuevo cardenal, que pronunció un discurso dando las gracias.

LA VISITA DEL RAYO

LA tormenta que descargó el sábado último sobre Madrid hizo caer una chispa eléctrica en el tejado de la casa núm. 35 de la calle de Hortaleza, lindante con el jardín del colegio de Santa Isabel.

En el ángulo que forman los muros de ambas fincas se halla enclavado un cajón de pobre apariencia, donde Vicente Abad y Calvo se dedica á sus tareas de zapatero de obra prima.

Cuando á las cinco de la tarde sonó un formidable trueno y cayó la exhalación sobre la techumbre del referido inmueble, estaba Vicente, con su mujer Adriana Salas y las dos niñas del matrimonio, Pepita, de tres años, y Manuela Isabel, de unos cinco meses, en el interior del tinglado.

Al desprenderse la chimenea y parte del alero del edificio, que—según parece—está denunciado por ruinoso, una terrible trepidación hizo temblar toda la casa, y sobre el taller del modesto obrero cayó una lluvia de cascotes que hizo añicos la mayor parte de los cristales.

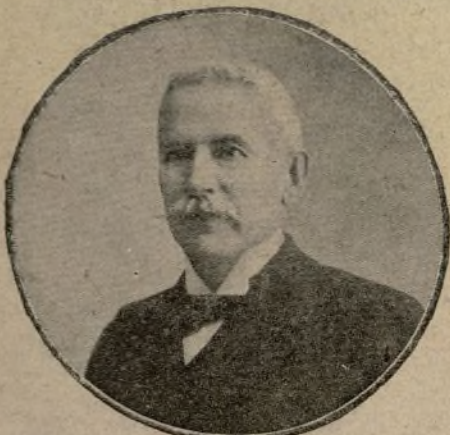
La familia en cuestión se llevó un susto regular, especialmente la hija mayor, que lloraba muerta de espanto.

Un fuerte olor á azufre y una sacudida violenta dejaron medio desvanecidos á los moradores del tingladillo; mas por fortuna, la visita inesperada del rayo no produjo otras consecuencias.

El adjunto grabado representa á la familia del zapatero Abad y el lugar donde ocurrió el suceso.



Vicente Abad, el zapatero de la calle de Hortaleza, y su familia



D. Manuel Sañes y Ferre, de la Academia de Ciencias Morales y Políticas.

LA FIESTA DEL TRABAJO

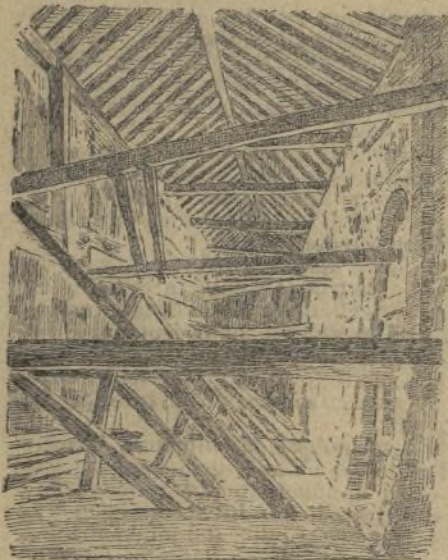
Fue una nota simpática la manifestación obrera de 1.º de Mayo, que recorrió ordenadamente el largo trayecto comprendido entre la Glorieta de Atocha y la calle de Relatores, pasando por las de Trajineres, salón del Prado, Alcalá, Puerta del Sol, Carretas y Atocha.

No nos lanzamos a hacer cálculos respecto al número de manifestantes, pues no es lo mismo equivocarse en ocho personas más o menos que en ocho mil. Mas lo que sí puede asegurarse es que la muchedumbre de proletarios era imponente por lo enorme. Entre ella figuraba un importante núcleo de obreras pertenecientes a los oficios en que la mujer se ha lanzado, con buen acuerdo, a la asociación.

Desde los balcones y en las aceras de las calles del tránsito, medio Madrid presencié el desfile de las distintas sociedades obreras, a la cabeza de las cuales iban sus estandartes respectivos.

Al llegar al Centro de Sociedades obreras, establecido en la calle de Relatores, las juntas directivas penetraron en el local para depositar las banderas, y los manifestantes se disolvieron dándose cita para la jira campestre que se celebró por la tarde.

LA ALHAMBRA EN RUINAS



SALA BAJA DE LA TORRE DE COMAREX



EL 1.º DE MAYO.—La manifestación obrera en la calle de Alcalá.

dose cita para la jira campestre que se celebró por la tarde.

La caza del "apache,"

Desde hace tiempo viene utilizándose en Bélgica la inteligencia y el valor de los perros para los servicios de defensa social encomendados a los funcionarios de policía.

Imitando el ejemplo de Bruselas y Gante, París se dispone a emplear la raza canina en la persecución de los malhechores, principalmente de los apaches, que constituyen durante las altas horas de la noche un serio peligro para la seguridad individual de los transeúntes del boulevard.

En la lindísima población de Neuilly-sur-Seine, que por su extensión considerable y su parque cruzado por grandes paseos y avenidas ha sido siempre difícilísima de guardar, se ha ensayado con feliz éxito la intervención de los perros en las funciones policíacas.

En Groenendael, pueblo célebre por una especie canina que está dotada de gran instinto polizontesco, ha adquirido

M. Simard, comisario de policía de Neuilly, los tres perros que aparecen fielmente reproducidos en el grabado adjunto.

Uno de ellos, *Duc*, tiene tres años; otro, *Black*, cuenta la misma edad, y el tercero, *Job*, acaba de cumplir nueve meses.

El empleo de los perros en los servicios policíacos ha hecho disminuir en un 90 por 100 el número de atracos, robos y atentados nocturnos.

Los tres canes belgas de que hablamos llevan un bozal hecho *ad hoc*, que les impide morder, comer y beber fuera de las horas señaladas para el descanso en sus viviendas. De este modo se evita el riesgo de que los ladrones puedan envenenarlos. Son unos animalitos que se distinguen de algunos cómicos en que están libres del pecado de la morcilla...

El bozal en cuestión puede ser quitado por el agente a quien acompaña el perro, mediante un golpecito dado con el dedo pulgar, a la mejor señal de alarma, y queda pendiente de una anilla colocada en la parte inferior del collar.

A la voz de «¡altaque!», los perros, azuzados por los agentes, se lanzan en per-



«DUC», «BLACK», «JOB». Los polizontes de Neuilly.

secución de los malhechores, pero siempre con su mordaza puesta.

Black y *Job* saben colarse fácilmente por dos orificios de una puerta, que sólo tienen treinta centímetros de diámetro, y eso que uno de los citados agujeros está a metro y medio de altura sobre el nivel del pavimento.

Los tres perros policíacos saltan con agilidad increíble muros de dos metros treinta centímetros de altura, y corren con velocidad extraordinaria detrás de los ladrones que huyen en bicicleta.

Cuando el apache tira de revólver para defenderse de sus perseguidores, la ferocidad de los perros es verdaderamente terrible. Al oír los disparos se abalanzan con furioso encarnizamiento sobre el autor de aquéllos, y atarázándole le impiden en absoluto para atacar o defenderse.

Pero a la voz de «¡alto!», abandonan la presa, y a la orden de «¡aux pieds!», van a sentarse, súbitamente apaciguados, al lado del respectivo agente de policía.

En suma, la utilización de los perros es cosa muy interesante. Aquí seguiremos entregados al fino olfato de nuestros sabuesos humanos hasta la consumación de los siglos.

LA ALHAMBRA EN RUINAS



GALERÍA DE MACHUCA

LOS MERODEADORES



El primer merodeador: ¡Redíelez! ¿Será el guarda? Si no me escondo pronto entre las hojas...



El segundo merodeador, cogiendo el cráneo calvo de su colega: ¡Magnífico melón!



¡Pero tan pesado!



¡Sálvese el que pueda!

EL CRIMEN DE LA GUINDALERA

La vida matrimonial de la pobre muchacha, madre de cuatro hijos, que fué muerta por su marido la noche del pasado domingo en la Guindalera, ha sido una existencia de martirio, cuyo conjunto, reunido ahora por la indagación judicial, inspira tantas compasiones como horrores. Solo el cariño apasionado que Luisa Martínez, natural del inmediato pueblo de Canillas, tenía a su marido, explica la duración del lazo conyugal que, con persistencia cruelísima, apretaba a la esposa.

El apedador de pellejos de la estación del Mediodía, Juan Granells, al que, aunque nacido hace treinta años en un pueblecito de la provincia de Castellón, llamado Vivel, se le conocía por el apodo del *Valenciano*, era un borracho de esos de mal vino, cuyos trastornos alcohólicos iban siempre a estallar en su casa sobre la mujer que tanto le quería.

Una vez la obligaba a dormir desnuda sobre los muelles de la cama, hasta que el alambreado se hundía en sus carnes. En otra ocasión, y en día crudo de invierno, era sobre los yerbos ladrillos del suelo donde la obligaba a pasar la noche, sin el abrigo siquiera de la camisa. El inquisidor vigilaba su martirio y lo mantenía brutalmente, sin que el llanto, la súplica ni el quejido doloroso de la víctima le movieran al indulto. Y su crueldad se ensañaba con tanta frecuencia en el cuerpo de su mujer, que Luisa, llena de llagas, erosiones y desgarraduras tuvo períodos en que, rendida, caía presa de verdaderas enfermedades.

Su padre, su hermano, su familia toda, que a tiempo, concededores del modo de ser del *Valenciano*, habíase opuesto inútilmente a la consumación del matrimonio, eran el único amparo y consuelo de Luisa en los momentos agudos del sufrir, cuando ya el dolor del golpe y de la injusticia se desbordaba y saltaba del secreto en que iba guardándolo su alma

de mujer enamorada. Entonces la familia acudía pronta a la defensa de la muchacha; se denunciaban los hechos al juzgado; celebrábase ante el juez

to bajo de la casa núm. 6, que en la calle Martínez Izquierdo tenía el matrimonio. Como arma contra las violencias de Juan, ó simplemente como efecto de la decisión inmediata de no soportarlas por más tiempo, Luisa, en los momentos más peligrosos del altercado entre los dos esposos, anunciaba y comenzaba a preparar la separación matrimonial. Se



EL «VALENCIANO» Y SU MUJER

juicios de faltas, y Juan, amansado por el castigo de la pena, juraba el arrepentimiento. A la paz acogíase entonces anhelosamente la esposa; pero en seguida, un nuevo día de borrachera y de juerga ponía término rotundo y agresivo al sosiego recién recobrado en el cuar-

revolvían las ropas, se sacaban las cédulas personales y se iniciaba así la ruptura de la comunidad de la vida. En las primeras escenas del drama final se repetió este hecho, que, al dejar sus huellas, ha llevado, entre otros indicios, al descubrimiento de que el crimen fué co-

metido por Juan disparando una pistola del calibre quince sobre la cabeza de su esposa, que quedó moribunda, sentada sobre la silla, próxima a la cómoda donde fué asesinada.

Al criminal no le movió sentimiento alguno de conmiseración hacia su víctima, una vez consumado su delito. Solo le impulsó el instinto de la propia defensa, tal vez el horror de su crimen. Y sin asistir a la herida, casi muerta, rodeada de sus hijos, salió a la calle. Cuando se vió en ella, todavía no había llegado a combinar el medio de eludir su responsabilidad por entero. Unicamente había acertado a disminuirla. Y al primero con quien se encuentra, el vecino Antonio Fernández, le dice atolondrado: «Se me ha escapado el tiro de una pistola y he herido a mi mujer. Sube a ver si es posible asistirle.»

En seguida, más sereno, inventa ya la mentira inverosímil del suicidio. Pero ya es tarde. Fernández refiere la primera confesión del criminal. La familia cuenta su conducta infame. Las ropas y las cédulas están exparcidas por la habitación, y en la pared incrustada la bala, a una altura que no pudo alcanzar de suicidarse la muerta. Y otros testimonios, finalmente, denuncian la jactancia de Granells, que enseña en las tabernas donde se emborracha la bala con que va a matar a su mujer en seguida.

Y así se descubre la verdad del crimen. Su detalle más extraño y más insólito es el brutal egoísmo y la dureza de sentimientos del abandono de la mujer mal herida, muriente, por el marido criminal, que recomienda su asistencia al primer vecino con quien tropieza. Y es un cuadro terrible el que presencia, antes que nadie, este buen vecino, que entra solo en el cuarto del crimen, a la luz de una cerilla, y halla a Luisa muerta sobre el asiento, inclinada hacia adelante la cabeza, que sangra; a los pies la pistola, que aún humea, y pasmados, acá y allá, a los pobres niños, que presienten algo horroroso, y están mudos, escondidos por los rincones, sin comprender.

Los suplicios en China

EN China las prisiones están casi siempre vacías.

Los mandarines encargados de ellas prefieren guardarse el dinero que debían gastar en el mantenimiento de los reclusos, y cumplen su misión dándoles una buena ensalada de palos con que les echan a la calle, no sin advertirles, como propina, que caso de reincidir serán decapitados.

Esta amenaza casi siempre se cumple.



La justicia china posee un rico repertorio de maneras de ejecutar a los condenados.

Recientemente fué capturado Xu-Yen, uno de los más temibles jefes de la insurrección de los boxers; nada menos que el que había dispuesto el asesinato de todos los europeos de Canton y la entrada a saco en la ciudad.

Inútil es decir que le condenaron a muerte y le aplicaron una de las formas más crueles de la última pena: el *ling-thi*, que consiste en la

insignificancia de propinar al condenado treinta y seis cuchilladas.

La mañana señalada para la ejecución condujeron a Xu-Yen al lugar del suplicio.

El verdugo, apoderándose de él, le despojó de sus vestiduras, a excepción del pantalón, que levantó lo bastante para que las piernas quedasen al descubierto.

Ante todo las buenas formas.

Después le ató a una cruz de madera clavada en la tierra, y cuya extremidad superior terminaba en forma de bielo, dentro de cuyas dos púas encajó la cabeza del condenado.

Una vez atado de manera que todo movimiento le era imposible, empuñó el verdugo el cuchillo y tomó un buche de vino de arroz, ivaya un vinito, con el cual espurreó la cara del condenado, haciéndole cerrar los ojos vivamente; entonces, de una cuchillada maestra le levantó la piel de ambos párpados...

Después continuó su faena sanguiñaria sin importársele una higa los rugidos de la víctima.

De otras tantas cuchilladas le quitó la nariz, las orejas, los labios, las manos, los brazos, los antebrazos, los pies y las piernas; de otras tres cuchilladas le seccionó el pecho, y la última cuchillada, la llamada de gracia, le hizo añicos el cráneo.

Toda esta operación no duró más que doce minutos, lo cual acredita el buen brazo del verdugo y la buena marca del cuchillo.

No tuvieron igual suerte los lugartenientes de Xu-Yen, que sufrieron un suplicio de quince días, colocados en las calles más concurridas de Canton, en unos artefactos de madera (véase el grabado) suspendidos de la cabeza, sin probar alimento y sufriendo las burlas y los estacazos de los transeúntes.

Hasta para morir se necesita tener suerte.

Para el curioso de la ciencia

Disparo de torpedos á distancia.

Este importantísimo progreso de los modernos aparatos de guerra marítima, consistente en disparar un torpedo colocado á larga distancia de la costa, y sin la inmediata manipulación material del torpedista, parece que nos ha tocado á nosotros la gloria de resolverlo, según las pruebas, coronadas por el éxito, que acaba de realizar en el arsenal de Cartagena el oficial de nuestro Cuerpo de telegrafos D. Matías Balseras.

Se ha valido para su propósito el in-

ventor de las ondas herizianas con que Marconi implantó la telegrafía sin hilos.

El actual descubrimiento, que constituye una nueva aplicación provechosa de tales ondas, es en España donde tiene sus precedentes y donde además fué sospechado y perseguido.

Todo el mundo recuerda cómo durante los dos últimos veranos, el ingeniero Torres Quevedo, primer aplicador de la telegrafía sin hilos a la producción y dirección del movimiento á distancia, hizo navegar por el abra de Bilbao un bote sin tripulantes, que solo, avanzaba, retrocedía, viraba, se metía, sin tropezarlas, por entre la red de embarcaciones ancladas en la ría, y obedecía fidelísimamente, en resumen, en cuanto á la velocidad y á la orientación, á los impulsos que desde tierra le comunicaba el inventor valiéndose del aparato que había ideado utilizando la electricidad sin conductores materiales.

El Sr. Torres Quevedo concebía, como la aplicación más inmediata y práctica del telekino, la de destinar su bote sin máquinas, sin velas y sin marineros al salvamento de naufragos en los días tempestuosos, suprimiendo así de la humanidad el sacrificio de las existencias heroicas, que ofrece y rinde tan frecuentemente la lancha salvavidas. Pero las más extraordinarias utilidades de su aparato las pretendía de la dirección de los globos y de los torpedos á distancia.

A conseguirlas aplicábase, cuando el telegrafista español ha empezado por lograr el efecto perseguido, fijándose, antes que en los torpedos móviles, en los torpedos fijos, haciéndolos estallar desde tierra. El torpedo fijo se disparaba cuando percutía un buque al torpedo. Ahora no hay que esperar la casualidad del choque con el barco enemigo para que el torpedo estalle y lo destruya. Y este es el gran progreso obtenido por el Sr. Balseras.

Con otro importantísimo, consistente en libertar á la telegrafía sin hilos de las indiscreciones y maniobras, mediante las cuales era posible enterarse de los despachos y aun interceptarlos, como hicimos nosotros antes que nadie en Tarifa con los marcónigramas que cruzaban los buques ingleses en el Estrecho. Así, Balseras ha completado el descubrimiento de Marconi.

Los monstruos de la librería

LA Cámara de Comercio de los Angeles (California) ha hecho encuadernar sus archivos, que contenían, entre otros documentos, las firmas de las personas que visitaron su pabellón durante la Exposición de Buffalo. Las firmas y autógrafos pasan de millón y medio.

El aspecto de la encuadernación, como puede verse por el grabado adjunto, es maravilloso.

Compónese de cinco volúmenes que pesan dos toneladas y media.



La encuadernación de cada tomo ha costado ocho mil francos.

En las cubiertas se ha consumido la piel de cien corderos.

Un monomaniaco de los Angeles se propuso contar los puntos que había sobre las *ies* y acabó de volverse loco.

¡Cualquiera les pone los puntos sobre las *ies* á tales monstruos!

Establecimiento tipográfico de EL IMPARCIAL
Mesonero Romanos, 31, Madrid.



J. Fuguet, Sr.

LA JURA DE LA BANDERA.—Los reclutas prestando juramento.

FOTOGRAFÍAS ALFONSO.

durante todo el mes de Abril se ha venido celebrando en España la fiesta conmovedora de la jura de la bandera por los nuevos reclutas.

Apenas incorporados á las filas esos mozos que tienen aún vivo el recuerdo de su hogar, son iniciados en la religión de las armas, con ese juramento que liga la existencia y la voluntad de quien lo ha prestado á deberes de suprema disciplina.

El soldado que acaba de entrar en esa, para él nueva familia, que se llama regimiento, conserva remembranza perdurable del día ese que, al besar la seda de la bandera, comprendió que hay algo por encima de los intereses personales y de los anhelos de localidad y región.

En la capital de la monarquía, en todas las capitales de provincias y en to-

das las poblaciones en que reside un núcleo del ejército activo, la jura de la bandera se ha verificado con la brillantez y el regocijo propio de los festejos en que toma parte el pueblo.

Porque á pesar de todas las predicciones disolventes del orden social y destructoras de sus necesarias bases, el pueblo siente muy hondo cuanto significa la defensa de tierra en que ha nacido, y el despliegue de las legiones marciales y el airoso porte de las tropas que marchan y el resonar de las músicas produce en las muchedumbres que contemplan este cuadro tiernas emociones.

En el relato de estas solemnidades, tal como la prensa lo ha referido, encontramos rasgos en que se revela el amor del pueblo á la insignia española y de cómo

agitan el alma nacional los sentimientos contenidos en el abandono de todo interés individual, que representa el juramento de los militares.

En Sevilla, en el momento en que un soldadito de pequeña estatura besaba la bandera de su regimiento, una mujer salió de la línea de los espectadores de la escena, y abrazando á aquel soldado exclamó:

—¡Muy bien, hijo mío! ¡Si mueres defendiendo esa bandera yo te lloraré como á un hijo y te rezaré como á un santo!

Un vendedor de frutas iba al mercado de Zaragoza y acertó á pasar por el sitio en que la jura de la bandera se celebraba; y después de asistir á la solemnidad, en un raptó de enternecido patriotismo repartió entre los soldados sus mercan-

cías y todo el dinero que llevaba en un bolsillo de punto dentro de la faja.

Para el pobre mancebo que acaba de dejar las riendas de las mulas que tiran del arado y que no conoce otros esplendores que aquellos con que se festeja el día del santo patrono de la aldea, esa solemnidad vistosa es como la portada magnífica de la nueva existencia que para él se abre sobre el porvenir. Así como Taine al oír la marcha de *Tannhäuser* dijo que por primera vez había comprendido en toda su extensión el heroísmo bélico, para el soldado nuevo esa fiesta hermosa de la jura ha de ser la revelación de las aspiraciones elevadas de la gloria de una raza, aspiraciones que explican que los hombres se dejen conducir á la muerte con la sonrisa en los labios.